

Un encuentro con Alejo en la Universidad

*Marina Quintero**

Al filo de las once de la mañana de un día brillante y caluroso, como suelen ser los días en los poblados de la ribera del Cauca, entré a la plaza de Caucasia sentada en el asiento delantero de un campero. Su gentil propietario y conductor, un hombre de apariencia amable, me aseguró en el aeropuerto que rápidamente me pondría en contacto con el joven presidente de la junta directiva del Festival de Acordeoneros y Compositores del Bajo Cauca. Había sido invitada a participar como Jurado calificador en el concurso de la "Canción inédita", tradicional competencia en este tipo de certámenes populares.

* Profesora Facultad de Educación.
Universidad de Antioquia.

Desde cuando descendí de la avioneta pensé: si el profesor Rito no se libra a tiempo de sus compromisos mi estadía en este festival no será lo que he esperado; uno necesita con quien compartir sus impresiones y aquí yo no conozco a nadie.

El jeep se detuvo frente a una casa con piso de cemento, la sede de las directivas del festival. Miré a mi derecha y aprecié el ya para mí conocido espectáculo de una plaza de pueblo en pleno festival. La tarima colocada estratégicamente se alzaba imponente entre una multitud de ventorrillos, case-ticas donde las gentes sudorosas bebían cerveza fría y aguardaban hacinadas a la sombra el momento en que los acordeones dejaran en libertad las notas frescas de un paseo sabanero, de una cumbia, de un porro... Un repique furtivo de caja me hizo volver la mirada hacia el fondo de la callecita que se agota entre algunos arbustos y los postes que cercan la huerta de una casona pintada de blanco. Allí, haciendo contraste, se dibujó su figura imponente, inconfundible. La figura de aquel negro vestido con pantalón caqui, muchas veces planchado y guayabera azul cielo, y definiéndolo, en armoniosa prolongación, su sombrero vueltiao. "Maestro"... "Alejo"... le grité. Me miró y una sonrisa pintada de nicotina le cubrió el rostro. Levantó su mano en señal de saludo, le dijo algo a quienes lo acompañaban y caminó hacia mí. Recuerdo que yo también caminé hacia él y mientras tanto pensaba: de lo que se pierde el profesor Rito si no llega. "Maestro, qué alegría!" creo que fue mi saludo en medio de un cálido abrazo. El de él no lo he podido recordar. Desde los días aciagos en que los medios de comunicación anunciaban la inminencia de su muerte, he tratado de recordar cada encuentro con el Maestro.

"ALEJO DURAN. TEATRO CAMILO TORRES. Septiembre 9 de 1983" decía el cartel Horche con el cual se decoraron los muros de la ciudad universitaria. Por esos días el profesor Rito modificó su andar pausado, debía atender todos los detalles de la histórica Revista Educación y Pedagogía No 2 134 visita. Profe, le pregunté con interés apresurado, ¿ya está lista la reservación para Alejo en el Nutibara? Una sonrisa se anticipó a su palabra y antes del "no profesora", supe que ahí no pernoctaría el Maestro... "Anoche le consulté telefónicamente si ese era el hotel de su preferencia y me dijo: "No profesor, yo llego al Tropical donde mi comadre Carmen, ella me atiende como a mí me gusta".

En la esquina de la calle Bolivia con Palacé sobre el travesano superior de una puerta larga y angosta se lee "Hotel Tropical". Por unos instantes observamos la apariencia vetusta de la edificación, golpeamos, se escuchó el movimiento de una cerradura y frente a nosotros se levantaron los escalones de cemento curtido y un pasamanos oxidado. "A sus órdenes" dijo sin ser vista una voz femenina, "Buscando al maestro Alejandro Duran", "Suba". Un estilo anguloso tenían las butacas tapizadas en percalina verde tierno y pequeñas flores en relieve las ornamentaban. Atendimos la invitación de la comadre y nos sentamos. La vi caminar hacia el fondo y el andar sinuoso de sus pródigas caderas me recordó a la "Diosa Coronada". Seguramente eran también las canastas de follaje florido y una lora que hacía exhibiciones de equilibrista las imágenes que por unos instantes me transportaron al patio de la casa del maestro Leandro Díaz, allá en San Diego. No pasó mucho tiempo. Alejo apareció por una improvisada puerta que no era de su talla. Se acomodó el sombrero, y sonriente extendió su mano. Miré al profesor como confirmándole, es Alejo, el Maestro en carne y hueso!

Cuando entramos a la ciudad universitaria la calma habitual había sido asaltada: Grupos bulliciosos de estudiantes amontonados en las porterías agitaban desde lo alto y por entre el tumulto un carné que los acreditaba como tal y que ahora, era como cualquier boleto o pase a espectáculo público. Mientras presuroso un funcionario verificaba la identidad de un portador, dos, tres, o más, burlaban la aparente inspección y ya, al otro lado de la malla, triunfantes, con mirada insistente y sobre una marcha presurosa, trataban de reconstruir el grupo que compacto y solidario en los afectos, había salido de la Universidad de Medellín, de la Nacional, de... bueno, era necesario llegar antes que los otros, debían ganar un lugar. Mas, un grupo de estudiantes de casa dispuestos a no abdicar el privilegio que les confiere su condición de anfitriones, descubrió mucho antes de la hora que la puerta del ala izquierda del teatro, la que da acceso al escenario, estaba abierta. Agitados y con una sonrisa disimulada intentaban sin lograrlo ocultar su infractora decisión. Así costeños y cachacos a zancadas y apretujones, salvaron los escalones que los conducían a la platea.

Cuando una o dos horas después, la puerta principal fue abierta, un aire denso sacó del teatro el bullicio impaciente y los aplausos que descom-

pasados protestaban por un incumplimiento imaginariamente creado por la ansiedad de la espera.

En el escenario el espacio se agotaba y no había modo alguno de impedirlo. Alejo estaba ahí con su "pedazo de acordeón" al pecho. Era inminente que en la intimidad de su imaginación una melodía se urdía clandestina. Mientras el profesor Oleas se disponía a dar lectura al discurso de presentación, el Maestro acariciaba los botones bajos con su gesto habitual: la mirada satisfecha asomaba por el borde de su sombrero alón. "Extensión Cultural y la Asociación de Profesores..." fue lo primero y lo último que dijo el osado presentador. Una nota insolente se escapó del fuelle que armónicamente prolongaba sus movimientos. Al instante, una ovación ensordecedora rebasó "El Camilo". El profesor Oleas con una sonrisa de complicidad rápidamente despejó el espacio y pronto, todo se impregnó con las notas de un sabroso merengue cantado como sólo Alejo sabía hacerlo

"Debajo'e los campanales
Donde andabamo ella y yo
si el guayabo me matare
déjame morir por Dios
déjame morir por Dios
si el guayabo me matare"

Lo que sucedió de ahí en adelante transcurrió entre pueblos, parrandas y mujeres. De la "**Cachucha Bacana**" saltamos al "**Caballo pechichón**"; **Alicia**, la **Adorada**, sin recelos le permitió un lugareño a "**Joselina Daza**" y después de bajar del "**Alto Rosario**" con "**Pena y Dolor**" vimos cómo se marchaba el "**039**" llevándose a Rosita y dejando a Alejo solo con su "**Pedazo de Acordeón**".

Aún los aplausos vibraban en la piel cuando rodeados por amigos y amantes de la música pueblerina de acordeón, llegamos a la histórica edificación de San Ignacio. Sorprendidos constatamos que los tres pisos de la centenaria casona atestados de público Revista Educación y Pedagogía No 2 136 hacían de balcones desde donde Alejo era saludado a voces, saludos que más parecían aclamaciones. Rápidamente localizamos a la directora de Extensión Cultural. La recuerdo

radiante, vestida de trópico, solícita. "¿Luz Elena, el concierto no es acaso en el Paraninfo?" le preguntó el profesor Llerena. "No, imposible, con tanta gente... se vendría abajo". Llenar el Paraninfo de notas de acordeón, llenarlo con la alegría de las fiestas de pueblo era nuestra más cara fantasía. Pero Alejo nos ubicó rápidamente en la realidad. Las notas de su legendario acordeón, dicharacheras, bordearon la alberca del patio central. Las chambranas de los improvisados balcones parecían ceder ante el frenesí del público. Las canastas de helechos frescos que colgaban elegantes de las umbraladas no contaron con la misma suerte del Paraninfo. Alejo no sólo debía ser escuchado, había que verlo. Sí, verlo con sus 64 años mirando extasiado la alegría de una sonrisa de mujer mientras sacaba de los botones bajos de su acordeón melodías puras y sencillas como los pueblos.

La sobriedad de la sala de reuniones compartió un tanto la solemnidad del Paraninfo cuando todos desde un profundo silencio escuchamos al maestro Alejo responder con su voz, casi ronca de campesino viejo a la pregunta por "Alicia": "Yo conocí a 'Alicia' en el año 42. Y me gustaba porque es un lamento. Yo me hallaba con Juancho Polo y le decía, Juancho tócame a 'Alicia'. Me la tocaba, y a él se le aguaban los ojos cuando lo hacía, se veía que sentía aquello..."

En aquella conferencia de prensa, Alejo, por supuesto no entonó los cantos de la tierra. Sin embargo, en cada respuesta suya había un verso al natural. Es que la palabra de Alejo cantada o no, siempre fue, como lo dijo su amigo Gossaín, un "verso primitivista, un canto a la vida".

Cuando aquella dama elegante que cautivó el corazón del viejo tomó la palabra y en tono alto y pausado leyó de un pergamino el texto-ritual de las tradicionales sesiones de graduación, mayor fue la solemnidad. Era, en efecto, como un acto de graduación.

Universidad de Antioquia

Extensión Cultural

A Alejandro Duran

Reconocimiento a su tarea de invaluable aporte a la recuperación de las tradiciones de nuestros pueblos en la meta de contribuir al afianzamiento de nuestra identidad cultural nacional.

Recuerdo al aporte al programa

VOZ VIVA DE COLOMBIA

Darío Restrepo Valencia

Luz Elena Zabala Jaramillo

Rector

Directora de Extensión Cultural.

Medellín, septiembre de 1983

¡Un diploma para Alejo! Sus manos curtidas por el enlace de ganado y el desmonte de pastizales contrastaron con el fino, con el casi sedoso pergamino. Aquellos dedos callosos por el incesante laboreo, que dramática y lentamente garabateaban unas letras que al juntarse en lo que los admiradores llaman autógrafos dejaban leer Alejo Duran, ahora acariciaban las letras de estilo, grandes y armoniosas de un diploma donde también se leía su nombre. Observando esos mismos dedos rayados por la maleza de los campos agrestes del Valle y la Sabana y que tantas veces vi recorriendo el teclado con seguridad, con estilo purificado para sacarle eco a su voz, fui arrancada de mis recuerdos por una voz chillona que con acento golpeado gritó muy cerca a nosotros, "Alejo". Volvimos la mirada y nos encontramos con la figura diminuta de un muchacho imberbe que tragándose la mitad de las palabras le expresó su filiación. "Alejo yo soy nieto de... y venimos de la finca con conjunto a participar en el concurso de aficionados". "¿Y tú que haces muchacho?" "Yo canto Alejo, y mi hermano es el del acordeón". Alejo lo miró como lo suelen hacer los viejos cuando miran y encuentran el pasado repetido en el alma de una esperanza joven. Con acento paternal le dijo: "Allá te voy a escuchá".

Salimos del improvisado restaurante y el sol pleno de Caucasia nos dio en el rostro. Mientras conversábamos de la celebración que los medios de comunicación habían hecho de sus 70 años, encontramos el escaso

sombrío de un solitario matarratón. Desde allí contemplamos la plaza que empezaba a llenarse de roñes y acordeones. Acosados por el calor de aquella tarde polvorienta caminamos a la caza de un mejor lugar. De pronto, del bullicio embriagante de la plaza una melodía de acordeón saltó desafinada. Volvimos la mirada y allá, no muy lejos, en la tarima, estaba el muchacho imberbe que con la misma voz chillona, intentaba, sin lograrlo, colgarse de una nota del difícil pentagrama de los sones vallenatos. Había perdón en el rostro del Maestro cuando nuestras miradas sonrientes se encontraron.

Por la misma callecita que se agota en los arbustos que cercan la casona pintada de blanco, la figura negra del viejo se fue alejando mientras se escuchaba la vocecita chillona entonando el legendario lamento:

Lloraban los muchachos
lloraban los muchachos
lloraban los muchachos
cuando di mi despedida...

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

LLERENA VILLALOBOS, Rito. Memoria Cultural en el Vallenato. 1985. Medellín. Ed. Universidad de Antioquia.

POSADA, Consuelo. Canción Vallenata y tradición oral. 1986. Medellín. Ed. Universidad de Antioquia.

ARANGO, Consuelo. Vallenatología. 1973. Bogotá. Ed. Tercer mundo.

QUIROZ OTERO, Ciro. Vallenato, hombre y canto. 1983. Bogotá. Ed. Icaro.

QUINTERO, Marina. "Vallenato cultura y sentimiento". En Llerena. Memoria cultural en el vallenato. 1985. Medellín. Ed. Universidad de Antioquia.

QUINTERO, Marina. "Una voz y un Acordeón": Programa semana. Emisora Cultural Universidad de Antioquia. Medellín.

